

el país y en los buenos tiempos de la trata hacían muy lucrativos negocios. Siempre fueron los portugueses los más ardientes negreros de toda la costa. Hubo tiempo en que la gran colonia de San Pablo de Loanda sacaba de este inmoral tráfico una fabulosa riqueza y en que solo la orden de los Jesuitas poseía allí más de doce mil esclavos. Harto decaída ya de su antiguo esplendor, la capital de la provincia de Angola cae en ruinas; pero ostenta todavía en la playa la silla monumental en que su obispo bendecía *ex cathedra* y á un tanto por cabeza á los esclavos que desfilaban por delante de él temblando bajo el látigo del negrero é iban á embarcarse para alguna región desconocida. ¡Triste aquiescencia de la religión á un tráfico que en nuestras costumbres actuales se mira como una monstruosidad, pero que no repugnaba de ningún modo la moral laxa del siglo último. La silla episcopal está vacante actualmente; pero yo no juraría que en el corazón de los portugueses de San Pablo no palpita aun el pesar de un pasado tan próspero y fecundo en fáciles riquezas.

Sea lo que quiera, en el espíritu de los gaboneses están irresistiblemente asociadas las dos ideas de portugueses y negreros, y de tal modo que el jefe de un pueblo que quiere intimidar á sus súbditos les amenaza con venderlos á los portugueses. Y, dicho sea de paso, no es siempre esta una vana amenaza, porque á pesar de nuestro pabellón, se suelen hacer algunos negocios de trata, cuyos agentes son siempre goletas ó simples piraguas portuguesas procedentes de la inmediata isla de Santo Tomás (*San Thomé*).

Fuera de estas irregulares comunicaciones con los portugueses, el Gabon parece no haber tenido largo tiempo relaciones con los europeos. Es dudoso que haya sido frecuentado por los comerciantes de Dieppe. La industria del marfil tan activa aun en esta población atestigua estas relaciones con la costa de África; pero los pueblos del grande y pequeño Dieppe que perpetúan su nombre al Norte del golfo de Benin parecen indicar que allí se ha detenido su comercio.

Erdman Isert, médico de la factoría danesa de Christianburgo á fines del siglo pasado, habla del comercio de palo de tintura que el Gabon hacía con los ingleses. «Pero sus esclavos no se estimaban en mucho y en las Antillas solo se colocaban á mitad de precio.» MM. de Flotte, de Granpré y otros oficiales enviados en aquella época para proteger los negreros franceses contra los portugueses á Cabinda y á Loango, es decir, muy cerca del Gabon, no hablan, de este país sino para indicar su extrema insalubridad. En 1803, Labarthe, en sus instrucciones sobre la trata desvía de ella á los capitanes á causa de los peligros que presenta allí su navegación; pero los jefes gaboneses procuraban atraer hacia sí este lucrativo comercio: hicieronse pilotos y la trata prosperó, sin

tomar por eso grande extensión. Los tratados de 1830 y 1834, concluidos entre las naciones europeas, le dieron un golpe mortal, bien que no fueran seguidos de una pronta ejecución.

Podíase creer que los indígenas acostumbrados á recibir de los europeos los objetos necesarios á la existencia, y no pudiendo pasar sin ellos, dirigirían su actividad hacia un comercio más lícito y sacarían partido de la fecundidad de su suelo aplicándose á algún cultivo útil. Pero, ya por imposibilidad de los europeos para dirigirlos por vía tan fecunda, ya por incuria y pereza de su parte, esto no tuvo resultado. Incapaces de sacar del trabajo de la tierra los elementos de un comercio regular, solo hicieron débiles esfuerzos para reponerse del golpe que les diera la supresión de la trata, llegando así á vivir, pero no á prosperar. En el interior del país había riquezas muy buscadas por el comercio, el sándalo, ese palo de tintura de que ya hemos hablado, el ébano y los dientes de elefante. Los gaboneses explotaron estos recursos y sirvieron de corredores entre los europeos y las tribus que habitan los sitios de producción. Pero este es allí un comercio destructor. Las orillas de los ríos están hoy despobladas de maderas preciosas y hay que ir muy lejos para hallar el palo rojo en cantidad comercial, más lejos aun para encontrar el ébano y en cuanto á los elefantes, ha disminuido muy considerablemente su número. El país se agota y no es difícil prever el día en que, por no haber sabido administrar sus riquezas y crear otras, venga á ser profundamente miserable.

Hace algunos años, los franceses emprendieron allí un nuevo comercio, el del *cautchuc*. Este jugo resinoso se extrae de ciertas especies de bejuco que llevan el nombre común de *n'dambo* y pertenecen probablemente al género *carpodinus* de la familia de las apocíneas. Es una producción anual y por consiguiente sería una fuente regular de beneficios; pero muy pronto quedará exhausta por la codicia de los explotadores que cortan los bejucos indiscretamente, y para acabar de perder el porvenir malean sus productos por las más estúpidas adulteraciones.

Véase, pues, en definitiva que el Gabon puede interesarnos aunque no por los recursos que nos ofrece, sino por su originalidad propia y por el atractivo que tiene siempre para los miembros de la gran sociedad europea el estudio de esas sociedades rudimentarias que son probablemente tan viejas como la nuestra y que no han sabido, sin embargo, elevarse sobre el estado de la naturaleza; sea que la blanda atmósfera y las fáciles condiciones de existencia en que se han desenvuelto hayan esterilizado su inteligencia; sea más bien que su raza, presa de una impotencia original fuese condenada en cualquier lugar en que hubiese vivido á una imperfección irremediable.

La conca del Gabon permite ver de cerca muchos de esos pueblecillos africanos. La del río Ogo-Wai hará conocer otros más interesantes aun el día en que se quiera hacer una exploración completa, porque sus habitantes están vírgenes de toda influencia europea y aun de la mahometana que ha echado tan profundas raíces en el Norte y en el Oeste del gran continente africano.

La parte meridional de esta región absolutamente desconocida, ha sido recientemente visitada por un audaz cazador Mr. Bellonie de Chaillu, criollo del Senegal que ha sido miembro de nuestra pequeña colonia gabonesa, pero que ha venido á ser después y á un mismo tiempo un ciudadano americano lleno de ardor por su nueva patria y un anglicano lleno de fervor para la Biblia.

En 1862, el teniente de navío Serval y yo visitamos igualmente una parte absolutamente desconocida del río Ogo-Wai. Luego que demuestre lo que es el Gabon propiamente dicho y por qué gentes está habitado, describiré esta exploración.

La población de este país se divide en cuatro grupos que hablan diferentes lenguas: los pongwes ó gaboneses propiamente dichos, establecidos á la orilla de la mar y á la entrada de los ríos; los shekianis que habitan los bosques circunvecinos y á los cuales por este motivo los gaboneses dan el nombre de *boulous* que hemos adoptado nosotros y que significa hombres de los bosques; los bakaleses y finalmente los fans ó pahuins. Estas cuatro razas no son originarias del país sino que provienen del interior.

Los pahuins, cuyos instintos de caníbales están harto acreditados, son la raza más considerable y la menos conocida; pues hace poco que han aparecido viniendo directamente del Este, empujando delante de ellos á los bakaleses y aproximándose rápidamente á nuestro territorio, cuya población más importante formarán un día.

Estas inmigraciones son comunes en la costa del África y evidentemente el deseo de comerciar directamente con los europeos los atrae hacia el mar, fuente de todas las riquezas. Allí pudimos examinar razas desemejantes, pero que pierden rápidamente su originalidad. Hallando en fáciles cambios mercantiles todo lo que puede satisfacer sus necesidades pierden sus costumbres tradicionales y características, olvidan sus antiguas industrias y borran su sello original por uniones extranjeras.

Los pongwes.—Sus pueblos.—Interior de una casa.—Adornos de las mujeres.—Poligamia.—Dura condición de las mujeres.—Compensaciones.—La mujer principal.

Nos hemos establecido en medio de los m'pongwes. Sin embargo, no son ellos los primeros que ve el europeo cuando pone el pie en el Gabon. Bien des-

embarque en el establecimiento francés ó delante de las factorías inglesas de Glass, las gentes de negocios, de tipo negro profundamente pronunciado, que encuentra desde luego embarcando ó desembarcando productos no son m'pongwes; son krowmen, verdaderos mozos de cordel de la costa africana que se reclutan á 300 leguas más al Norte por medio de enganches siempre respetados y que ponen á disposición de los europeos una actividad y una honradez poco comunes en los pueblos del África.

Pero no hay que buscar á los gaboneses entre estos infatigables trabajadores. Hombres indolentes y sin vigor, saben muy bien responder cuando se les propone un trabajo serio. ¡Bah, trabajar para Krowman! O más bien: ¡Trabajar para blanco! Según ellos, Dios no quiere que los m'pongwes trabajen. Es menester ir á buscarlos á sus pueblos, ó bien á la playa que les sirve de camino real, porque en su cualidad de corredor marítimo (que es su oficio, cuando tiene alguno) tiene su pueblo á la orilla del mar, su piragua es su único vehículo y la playa es su camino de gran comunicación, camino que en la baja mar es también el paseo más agradable del país.

Por allí circulan grupos de negras charlando. Las solteras andan con más desembarazo, porque el traje no les estorba: un paño de algodón ceñido por las caderas y cayendo hasta media pierna, es todo su vestido. En circunstancias solemnes otro paño colocado en los hombros cae hasta casi tocar al suelo: esto es estar *en toilette*. Las casadas van menos espeditas y andan contoneándose pesadamente; no porque el traje sea más complicado, sino porque llevan en las piernas una multitud de gruesos anillos de cobre colocados unos sobre otros desde los tobillos hasta las rodillas. Estas especies de botas metálicas entorpecen el paso y producen dolorosas escoriaciones. La moda tiene en todas partes sus matices. A veces se encuentran á estas mujeres con pesados fardos encima haciendo el servicio de bestias de carga del país. Sus maridos las siguen activando su paso y fumando, pero sin llevar peso ninguno.

Todas estas gentes van y vienen sin acelerarse, detienen á todos los pasajeros, saludan á los europeos con su *m'boto* amistoso (que es la fórmula de reglamentaria urbanidad), se paran á cada paso para charlar, porque no teniendo nada que hacer, nadie tiene prisa de llegar, á escepción de las mujeres cargadas.

La raza m'pongwe es bastante bella. Hé aquí el retrato que ha trazado el doctor Lestrille en la *Revista colonial* de 1856. «El m'pongwé es en general alto y bien proporcionado: sus pronunciados músculos denotan el vigor: su pierna es mejor formada que la de los demás negros; su pie es plano, su mano pe-

queña, el húmero es demasiado corto en proporción al antebrazo. Los ojos son en general bellos y expresivos; la nariz poco ó nada chata, la boca medianamente rasgada, los dientes bellos en general y bien ordenados, la forma *prognate* del rostro es muy raro. Su color es mas bien bronceado que negro. El sistema piloso está relativamente desenvuelto: muchos se rasuran una parte de los cabellos, pintorreándose

después, y otros están completamente desprovistos de barba. Finalmente el pecho es ancho y bien desarrollado.

Las mujeres son generalmente pequeñas, teniendo las estremidades finas y delicadas: la mano sobre todo es en algunas realmente elegante.

Hombres y mujeres llevan el pecho desnudo: las mujeres lo cubren de collares de perlas, cuyos colo-



Establecimiento de la mision católica en el Gabon.

res están á veces casados con mucho gusto. De estos collares penden pequeños fetiches mas ó menos preciosos: á veces la mujer principal (*grande femme*), la que es realmente el ama de la casa conyugal, lleva tambien pendientes del collar las llaves de sus cofres. Por último, llevan tambien enormes zarcillos fabricados en Europa por un modelo invariable; brazales de cobre y sortijas, no solo en los dedos de las manos, sino asimismo en los de los pies.»

Hé ahí, pues, la gente que uno ve desfilar por delante de sí, cuando recorre la playa del Gabon: el espectáculo es poco variado, porque la poblacion es rara y la circulacion poco activa. Por fortuna el panorama recrea un poco la vista. La mar es siempre

bella en las cálidas tardes de los trópicos, sobre todo cuando la vista deslumbrada puede reposar en una orla de verdura. Magníficos lisos de hojas carnosas se estienden por la arena como si quisieran disputársela á las olas, otros trepan á las palmeras enanas y á los jazmineros del Cabo. Los esterculios de rojo fruto se mezclan con las leguminosas arborescentes, cubiertas de racimos que tienen el color y el perfume de la lila.

A lo lejos aparecen algunas casas entre los claros del follaje, viéndose tambien, pero á menos distancia, la Mision católica. Allí vive un anciano rodeado de los respetos de todos, monseñor Bessieux, obispo de Callópolis, menos envejecido por la edad que por

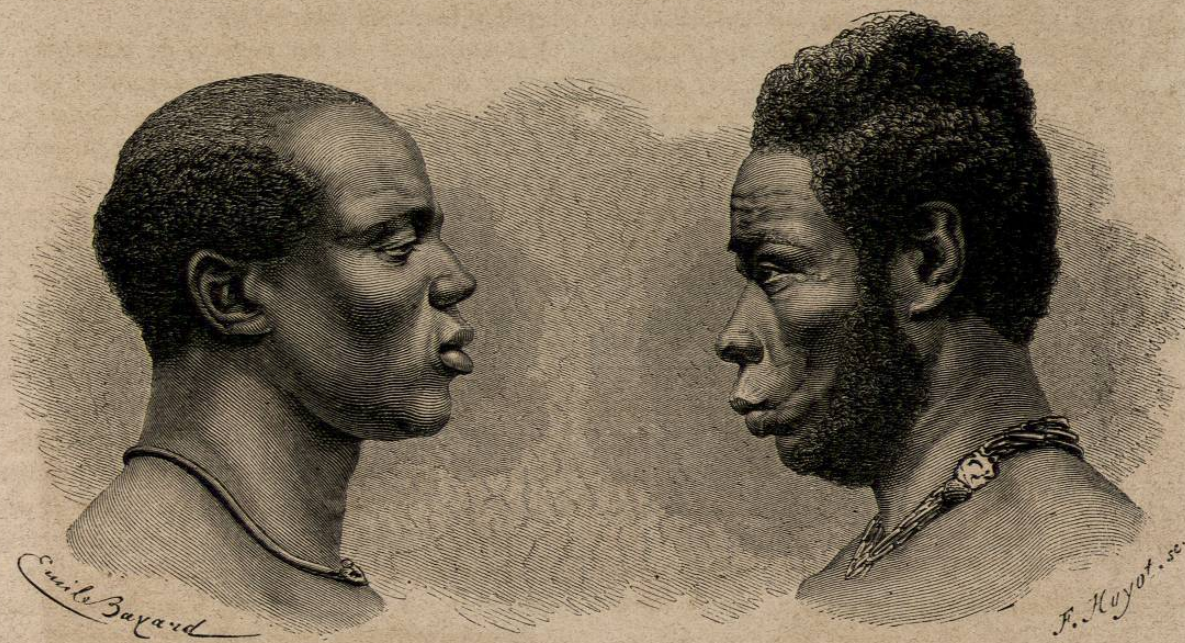
las fatigas de un largo apostolado, consagrado todo entero á las poblaciones africanas. Actualmente divide sus cuidados entre la direccion de la Mision y el cultivo de un vasto jardin, dando á los indígenas poco dispuestos á imitarlo el espectáculo de una vida consagrada á la caridad y al trabajo. Hace dos años el almirante Mr. Didelot se hizo el intérprete del sentimiento público, pidiendo la *legion de honor* para este modesto y venerable prelado, quien la recibió, menos como una distincion personal que como una aprobacion de su gran obra.

A poca distancia de allí está situado el pueblo del rey Luis. Dos largas series de casas forman una an-

cha calle en que proyectan su sombra algunos grandes árboles. Detrás de las casas se ha despejado el bosque haciendo un vasto claro con ayuda del hacha y del fuego: los plátanos, el *manioc* y el papagayo brotan vigorosamente y anuncian á lo lejos la inmediacion del pueblo.

Piraguas baradas en la playa, redes de hilo de *ananas* secándose al sol, algunos montones de palo rojo y de ébano que esperan el arribo de un buque, algunas gallinas merodeando en la calle... hé aquí el pueblo del rey Luis; y todos están hechos por el mismo modelo.

El m'pongwé tiene casa de pueblo y casa de cam-



Natural del Gabon.

Tau, tipo de Krowman.

po; ésta, que él llama su *habitacion*, suele estar perdida en medio de los bosques á mas de una legua de distancia de la otra y allí es donde se ven los grandes cultivos.

Los pueblos estos contrastan por su limpieza con los demás pueblos africanos. Las casas construidas con ramas de una especie de palmera, la *enimba*, tienen muy buena apariencia. Por desgracia el interior no corresponde al exterior: rico ó pobre, en contacto ó no de la civilizacion, el gabonés es habitualmente desaseado; es sin embargo, éste su menor defecto, y el interior de su casa se resiente de esto.

La pieza á que da entrada la única puerta que da á la calle, es un aposento comun; uno ó dos canapés de palmera que sirven de asiento y de cama, revelan su importancia. Sillas, vajilla europea, cofres, muchos cofres aunque estén vacíos, completan el mue-

blaje de una casa *confortable*. En esta pieza se halla casi siempre el propietario, tendido en un canapé donde fuma ó duerme.

Acaso se levante para hacer honor á su huésped y acaso tambien le ceda su sitio con cierta urbanidad; pero si es un jefe, conociendo él mismo lo que vale, no se mueve de su puesto. Sentado á la turca, rodeado de servidores que no se acercan á su augusta persona sino haciendo profundas zalemas, el jefe tiende al que lo visita su única mano libre, porque la otra está invariablemente enlazada al pie en que está sentado, y después lo invita por medio de un grave signo á tomar asiento á su lado. Es un honor que le otorga y su consideracion gana con esto en el pueblo, con tal que reconozca esta honrosa hospitalidad con algun presente de importancia. Por cualquier objeto europeo, merecerán bien de su negra magestad; algunas pipas de tabaco le asegurarán su

conquista; por un poco de aguardiente venderia su familia.

Pero si el amo de la casa, en su ausencia, su mujer principal, hace tanto gasto de amabilidad, esta emocion no influye en las gentes de la casa. Agrupados allí en medio alrededor del hogar de la familia, no se mueven para sí ni por nada. Este hogar es permanente: tres ó cuatro tizonos humean constantemente, ahuyentan los mosquitos, olean las pieles de animal suspendidas en un rincon, acecinan carnes ó pescados y sirven finalmente para guisar. Haga calor ó frio, el hogar es el centro de atraccion y reunion de la familia. Allí dos ó tres mujeres con la pipa en la boca mondan plátanos, limpian batatas, preparan el manioc ó rasgan con sus cuchillos las largas hojas de la *anana* para extraer sus filamentos; otras frotan con zumo de limon sus anillos y brazaletes de cobre; alguna otra en fin peina á una negra tendida á lo largo con la cabeza apoyada en las rodillas de aquella. En medio de todas estas mujeres algunos negritos juguetean en las cenizas del hogar: tal es el cuadro de la vida íntima entre estas pobres gentes.

Ninguna de ellas pone atencion en los que van ó vienen: la peinadora sobre todo permanece absorta en su tarea. Y es que el tocado de una gabonesa es un negocio algo serio, á que hay que consagrar casi un día de trabajo; pero una vez construido el edificio, hay ya peinado para quince días á lo menos. Pasemos en claro los pormenores de esta parte de *la toilette* porque no todos son para dichos. Entre los dos ó tres peinados á la moda, el mas notable y comun es el edificio amplio y severo que puede ver el lector en la cabeza de la mujer principal del rey Dionisio. Constrúyese este especie de pirámide dividiendo primeramente los cabellos en dos madejas que se recogen y amoldan luego á cada lado de una lámina puesta de canto: este peinado conviene á las mujeres casadas, que suelen darle una forma parecida enteramente á un casco armado de su cimera. Las hijas del rey Luis usan otro peinado diferente, que sienta mejor á las jóvenes solteras y viene á ser una especie de tupé partido enteramente igual al que se lleva en la actualidad en Francia. En nuestra galería de mujeres m'pongwés, se ven algunas que llevan cintas á la europea, bien que la aspereza de sus hispídos cabellos no se presten á esta especie de tocado. Estas mujeres, antes de confiar sus facciones á la fotografía, creyeron de buen tono peinarse á la francesa; pero hartó atrasadas en achaque de modas, renunciaron á sus rodetes, precisamente cuando nuestras compatriotas acababan de inventarlos á su vez, sin pensar que imitaban un modelo ya muy viejo en el ecuador.

Todas estas mujeres reunidas bajo un mismo te-

cho son las esposas del amo de la casa y pueden verse en algunas de nuestras láminas jefes rodeados de un verdadero serrallo. La poligamia que parece estenderse en todo el continente negro, tiene su razon de ser: una de sus concausas es la poca fecundidad de las mujeres que consiste sin duda en la anticipacion del matrimonio. En el Gabon suelen casarse las niñas de diez años; por cuya razon, madre á los catorce, envejece á los veinte. Además, y acaso esta sea la mejor excusa de la poligamia, parece existir en todo el continente africano una desproporcion considerable entre hombres y mujeres. Hay aquí, en efecto, cinco nacimientos de sexo femenino por cada uno del sexo contrario, y no es este el único punto en que se hace esta observacion.

Un matrimonio es un negocio de comercio, un mercado á veces muy largo de negociar; pero el hombre que compra su mujer, toma tiempo y no tiene prisa en concluir el tratado, porque suele suceder que la mujer que ajusta es una niña que tiene que entrar en la casa conyugal para permanecer bajo la tutela de la mujer principal ó *gran mujer*. Si la negociacion va despacio y el suegro se muestra reacio, el pretendiente se decide en fin á recurrir á los embaucadores que hacen encantamientos infalibles con ciertos filtros que les sirven maravillosamente para tales casos. Una planta llamada *odepon* tiene una virtud especial para abrir á la benevolencia el corazon del suegro. Esta preciosa planta es una leguminosa de granos rojos, cuyas hojas tienen el sabor azucarado de la regalicia, lo que le da, aparte de sus virtudes conciliadoras, la propiedad mas vulgar de endulzar la voz de los cantores. Una cláusula singular de estos mercados matrimoniales es que con frecuencia el yerno está obligado á dar á su suegro, á cambio de la mujer que recibe, una de sus propias hermanas con quien éste se casa á su vez.

Los habitantes de un mismo pueblo no se casan entre sí á causa de los lazos de parentesco que comunmente los unen. Este rigorismo en materia de casamientos consanguíneos es muy notable en gente tan inmediata al estado salvaje. Con frecuencia tambien, cuando un gabon vá lejos á buscar mujer, es por pura especulacion. Un suegro es un gran corresponsal, y hay por tanto traficante que se casa en todos los pueblos importantes en que abre relaciones mercantiles.

La suerte de las mujeres es poco envidiable; compradas por sus maridos, que tienen cierta vanidad en su gran número como prueba irrecusable de su fortuna, las pobres son esclavas de ellos. Mientras son jóvenes, el hombre hace de ellas un objeto de lujo y á veces tambien un comercio, cuyos vergonzosos provechos reivindica; pero así que la edad ó los partos las despojan de sus gracias, descienden real-

mente á la abyeccion de la esclavitud. A ellas corresponden entonces todos los trabajos de la casa y del cultivo, mientras el marido fuma ó duerme. Cuando éste ha de ausentarse, encierra á las mujeres que no lo acompañan: verdad es que la prision es poco segura, porque paredes de bambú no son barreras insalvables; pero las prisioneras no procuran escaparse. Criadas en esta vida de sujecion, encuentran muy naturales sus rigores. Finalmente, en un pais donde faltan medios de transporte y bestias de carga, las mujeres son las que suplen esta falta. Por lo demás, es inútil insistir sobre la miserable condicion de las gabonesas, que no les es particular, sino que es comun poco mas ó menos á todas las razas africanas.

Hay por otra parte el capítulo de las compensaciones. Aunque el marido esté celoso, si no de su mujer, á lo menos de sus derechos, está obligado á tolerarle una especie de sigisbeo, un *conguié*. Las costumbres protegen el conguié y el marido no puede nada contra él. Las costumbres protegen tambien á la mujer en ciertos casos íntimos y delicados y la esposa desdenada puede huir á la casa paterna. Estos no la devuelven sin que el marido pague una honrosa multa y haga la indemnizacion de un presente, no á la esposa ultrajada que deberia entrar por algo en el negocio, sino al suegro. A veces tambien la mujer ultrajada se dirige al jefe del pueblo que con frecuencia tiene que juzgar, como los cadíes musulmanes, en procesos singulares. En fin, la mujer principal goza de especiales inmunidades: dirige la casa, trabaja poco y lleva rara vez carga. Si su marido es rico y por consiguiente tiene muchas mujeres, ella es la que reina en el gineceo y hace su limpieza, bien que no se libre de soportar el mal humor del señor en razon directa de la autoridad de que goza. En general ella es tambien la que dirige los trabajos de las *habitaciones* mientras que el marido está en el pueblo.

A pesar del triste papel á que está reducido el elemento femenino, todo sin embargo gravita á su alrededor en la sociedad gabonesa. Y se concibe fácilmente; porque si el marido no se apega por mucho tiempo á la mujer por los lazos del afecto, se apega siempre por los motivos mas poderosos del interés bien entendido. Una mujer es un capital que el hombre explota como mejor puede; capital que da en prenda ó garantía, cuando recibe mercancías en depósito, ó cuando en un negocio deja su responsabilidad á largo plazo; y si en sus relaciones mercantiles con otros indígenas cree haber sido engañado, la mujer es un valor que procurará sustraer á su estafador, en la certidumbre de que éste ha de hacer lo posible por rescatarla, si no puede sustraerla á su vez con la astucia ó con la fuerza. Así que en toda querrela que se lleve ante la autoridad, indígena ó francesa, en el

fondo de todo negocio, hay siempre una mujer: mujer robada como mercancía de valor, mujer descontenta de su marido con razon ó sin ella y refugiada en la casa paterna, finalmente mujer sustraída. Y sabe Dios cuántas charlas y discusiones resultan de todas estas reivindicaciones conyugales.

El caso de seduccion es el mas grave, porque si el marido tolera el inevitable *conguié* se muestra intratable para cualquiera otro. Si se prueba el delito, el delincuente está obligado á pagar una multa y á veces un castigo corporal. Suele suceder que el culpable es forastero y huye con su víctima á su pueblo, y entonces hé aquí la guerra encendida.

Yo ví un día en las orillas del Ogo-Wai á uno de estos raptos, que era por cierto un buen mozo de tez aceitunada, de ojos dulces, de tipo negro muy atenuado, en una palabra, un héroe de novela muy aceptable. Desgraciadamente habia una mancha en su aventura, pues no se habia contentado con robar á su Elena, sino que llevaba en su piragua el mobiliario del marido. Perseguido por éste, fue al fin aprehendido y atado á un poste, donde permanecia muchos días ya, meditando sin duda en los inconvenientes de la vida aventurera. Despues tenia que pagar no sé qué rescate so pena de ser vendido como esclavo á beneficio del marido. En cuanto á la culpable, espíaba su falta en una casa vecina con la cabeza pelada, un pie en una especie de cepo y recibiendo de vez en cuando alguna que otra correccion conyugal.

Pesca del igongo.—Plantas textiles.—El cáñamo.—Sistema comercial.—Esclavitud.—Jefes.—El rey Dionisio.

Los hombres duermen, las mujeres guisan, se atacan intrigas mas ó menos hábilmente, todos fuman en pipa: hé aquí la vida íntima de los m'pongwés. Visitas de casa en casa, charlas perpétuas, algunas transacciones con los europeos, y la pesca, la menos fatigosa por supuesto, completan la existencia del pueblo. Los grandes cultivos se hacen en las *habitaciones*, la recoleccion del cauchuc en los bosques, el tráfico de ébano de dientes de elefante y del palo rojo en los pueblos de las demás tribus situados en los sitios de produccion.

La pesca se hace actualmente con redes; pero hace poco tiempo se empleaba un procedimiento que tiene sus analogos en ciertas partes de Europa y que consiste en envenenar ó á lo menos embriagar á los peces con sustancias vegetales que no alteran sus cualidades comestibles. En Europa el coco levantino es el que sirve para este uso; en el Gabon una especie de enredadera llamada *onono*, y tambien una leguminosa de flores amarillas el *igongo*, y se cultiva en las *habitaciones* y que habrá sin duda seguido las emigraciones de las tribus venidas del interior. Nada es